



AGUSTÍN COMOTTO



© Agustín Comotto 2022
© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.
Doctor Blanco Soler 26
28044 Madrid
Tel.: (+34) 917 055 057
info@nordicalibros.com

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-18930-55-3
IBIC: FX
Thema: X
Depósito Legal: M-1472-2022

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados
Alcobendas (Madrid)

Maquetación: Tono Cristòfol
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Todas las imágenes que aparecen en la sección *Dramatis personae*, así como el mapa de Gerardus Mercator, son licencias Creative Commons

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



ANTONIO DE NEBRIJA
500 AÑOS



Ayuntamiento de Lebrija

El combate contra la ignorancia

Los grandes nombres de nuestra cultura corren el riesgo, al bautizar frecuentemente plazas, institutos, fundaciones, colegios, premios, etcéteras, de que los den tan por sabidos que al final casi nadie se acerque a ellos y acaben siendo sustituidos por alguna de las cosas a las que hayan bautizado, de manera que hoy en día, me temo, Cervantes es más un premio que un novelista, Colón es más una plaza que un navegante, Menéndez Pelayo es más unos cursos de verano que un polígrafo y Nebrija es más una universidad que un gramático. Dado que mi formación filológica es insignificante, nunca se me puso en la obligación de estudiar a Nebrija y si la curiosidad me llevó alguna vez a su figura fue más bien porque en algún sitio, de paso, había pescado alguna referencia que volvía inusitadamente heroico a un personaje del que hasta entonces sabía lo que cualquier concursante de un programa de televisión que pudiera responder con su apellido a la pregunta: nombre del autor de la primera gramática castellana.

Ya me habría gustado a mí descubrir a Nebrija en un libro como este de Agustín Comotto. Se las arregla para cumplir el requisito esencial de las novelas biográficas —perdón por la etiqueta, pero así nos entendemos—: que entretengan y refresquen la pasión a quienes ya conocían a los protagonistas, por un lado, y, sobre todo, que despierten la curiosidad y sean puerta de entrada para quienes no los conocían. Gran favor le hace el autor de este libro a Nebrija pues, contra la ley que a menudo nos hace dar por sabidos o leídos a los autores inevitables, lo envuelve de un halo de heroísmo, dignidad y valentía que, ciertamente, a poco que se escarbe en su figura a través de los escritos de quienes se han ocupado de él, es cosa que de inmediato destaca en su figura,

epítome del humanista que, mientras los soldados del Imperio van ganando mundo a golpe de espada y cruz, declara una guerra lenta, irónica (hasta alcanzar por momentos la pura guasa) contra la barbarie y contra la pedantería.

Muy inteligentemente —desde un punto de vista narrativo, está de más halagar la precisión y eficacia de su dibujo— comienza Comotto situándonos ante un juicio que, de alguna forma, nos presenta esa guerra en la que combatió Nebrija: es una época en la que, a cuenta de cómo interpretar los textos bíblicos, se desata una pugna entre la filología —es decir, la ciencia, es decir, la búsqueda de la verdad— y la teología —es decir, la fe, es decir, la imposición de una verdad mediante dogma que no precisa de demostración alguna—. En su *Apología* de 1509 se pregunta Nebrija, citando a Corintios: «¿Acaso no me basta con esclavizar la inteligencia en lo que me manda creer la religión, sino que se me obliga a no saber lo que sé en lo que he investigado, descubierto y conocido y tengo manifiesto, más claro que la misma luz y más verdadero que la propia verdad, y ello sin desvaríos, sin suposiciones, sin conjeturas, antes bien, razonando con conclusiones firmísimas, argumentos irrefutables y demostraciones apodípticas? ¿Qué servidumbre es esta o qué tiranía tan injusta, como impuesta desde el castillo, que no te permite decir libremente lo que piensas sin menoscabo de la fe?».

Contra esa tiranía, contra esas imposiciones de castillo, combatió Nebrija movido apenas por ese motor mágico que impulsa cualquier investigación que merezca ese nombre: el afán de saber, la capacidad de darle alas a la curiosidad —es decir, la incapacidad de conformarse con lo establecido por imposición—. O por decirlo en palabras de Juan Gil: «El hombre de letras suele ser engreído y vanidoso, pero pocas veces luchador y combativo. Mientras sus compatriotas pasaban las armas de España por todo el mundo, el sabio Antonio de Lebrija decidió librar en solitario otra batalla sin cuartel, incruenta, pero más necesaria y no menos dura y afanosa: la guerra contra la incultura y la barbarie».

Hijo de una familia que vivió mejores tiempos, Nebrija fue enviado a estudiar Teología, y entonces descubrió la amplitud de horizontes que ofrecía el humanismo. Cambió su destino, torciendo las prescripciones estrictas que lo obligaban, y entregándose al estudio de la lengua, lo único no natural que se nos da gratis a todos, según solía decir Agustín García Calvo. Nebrija tenía claro que la Gramática es la sirvienta de las demás disciplinas, pero que una vez que cualquier disciplina se expresa ha de someterse a las leyes de esa sirvienta, de donde entendiera su oficio como «arte ínfimo», sin que ello no significara que «aunque la fuerza y competencia de la Gramática estriba en servir a otras disciplinas superiores, en cuanto trata de las letras, de las sílabas y el ensamblaje de las partes de la oración, es superior a ellas y les manda y domina».

En Bolonia, a partir de recibir lecciones de los grandes humanistas, entendió que la operación a la que más urgentemente había de entregarse era la de restituir a los gramáticos latinos, anulados por manuales de muy baja calidad que habían decidido ignorarlos. En su obra primera Nebrija se impuso, siguiendo el consejo de san Pablo, dar a los niños leche pues no pueden nutrirse de alimento sólido: la pulcritud y la sencillez de sus lecciones hicieron de su manual *Introductiones latinae* un libro de éxito, causando la furia de muchos doctos, de ahí que no sea raro que en una reedición de la obra hable Nebrija

de «envidiosos y enemigos». No habrían de faltarle enemigos a Nebrija a lo largo de su vida, dispuestos a sacar cualquier trapo sucio con tal de manchar o menguar su fama creciente. Entre los insultos que más a la mano le caían a tales enemigos era el de «judío». Hay quienes como Américo Castro sospechan que, en efecto, la familia de Nebrija era de sangre judía, pero lo que importa es que en su labor filológica, al procurar limpiar los textos sagrados de las malas artes de los copistas y recurrir ante cualquier duda al texto hebreo, alentó a quienes estaban dispuestos a utilizar su genealogía contra él, y es famosa una anécdota en la que un dominico le echó en cara que se atreviera a corregir al Espíritu Santo y Nebrija se defendió diciéndole que se estaba limitando a salvar al Espíritu Santo de los malos editores, lo que se resolvió con lo que por entonces era un violento insulto dirigido por el dominico a Nebrija: judío.

Tuvo, naturalmente, que vérselas con la Inquisición que, como se apreciará en el libro de Comotto, era capaz de agarrarse a cualquier hilo para destrozarle la reputación a Nebrija. En aquellos embates le acompañó la suerte, pero no está de más recordar cómo Nebrija, hombre muy seguro de sí mismo y hasta exageradamente vanidoso en algún punto que hoy puede hasta hacernos gracia (como cuando le dio por pensar que todas las medidas debían atenerse a una universal que era «el pie nebrinense», o como cuando propuso nuevos nombres para los tiempos verbales, cosa que no tuvo la menor suerte). Comotto presta especial atención al comenzar su libro a las lides en que Nebrija tuvo que enfrentarse a la autoridad competente —de evidente incompetencia—, y subraya bien el carácter firme de quien no temía a sus supuestos superiores por la razón ya antes dicha: en las alturas de cada disciplina, cada disciplina podía llegar adonde se propusiera siempre que no descuidase la base, y en la base de cada disciplina estaba la gramática, y para el cuidado de los textos de cada disciplina estaban las artes de edición. De ahí que Nebrija fuese, en todos los sentidos, un filólogo moderno que además, cuando se prestaba a enjuiciar los textos de otros, o a antologarlos como para dar muestras de cómo funciona el lenguaje, llegaba a conclusiones que todavía hoy nos sirven. La más luminosa de ellas, la más útil, la que aprenderían tantos escritores y poetas —Juan Ramón escribió un aforismo a partir de ella—, es la que recomendaba escribir como se habla, separar lo menos posible la expresión escrita de la expresión hablada para que ambos mundos fueran el mismo y para que la escritura no se convirtiese en gueto. La literatura no debía copiar a esas disciplinas que hacen del lenguaje una herramienta jerárquica mediante la que se evidencia que hay una separación clara entre la gente y los que pertenecen a esa disciplina —lenguajes científicos, médicos, jurídicos que solo entienden científicos, médicos y juristas—. Si la literatura caía de ese lado, estaba perdida. «Quien escribe como se habla llegará más lejos que quien escribe como se escribe», culminará Juan Ramón la luminosa intuición de Nebrija.

Su obra más conocida es, como se sabe, la primera gramática de nuestra lengua, compuesta para enseñar el idioma a los pueblos conquistados, en lo que no tuvo mucha suerte. Y sin embargo, no es la más notable aun siendo de importancia histórica fundamental. Uno prefiere al Nebrija que deja volar la pluma en comentarios siempre sagaces acerca de muy diferentes saberes, el que pone lógica y razón en las expresiones pedantes para volverlas simples como

un examinador de la lengua —«¿Qué se quiere decir con *millar de millares* sino lo que en español se expresaría con *un millón?*»—, muy dado a volver lo mismo profesiones y nacionalidades con su punto de soberana guasa —«eso que los médicos llaman *antimonium* los españoles le decimos alcohol»...

Dice Juan Gil en un excelente librito que Nebrija —al que considera que deberíamos llamar más apropiadamente Antonio de Lebrija— no fue exactamente un humanista pues para serlo le faltaba el dominio del griego, pero en cualquier caso representa en sus muchas facetas el más acabado ejemplo de intelectual que contribuyó a que entre nosotros el humanismo no fuera un exotismo —tan dueños del humanismo se creían algunos doctores italianos que con muchos de ellos también guerreó en excelentes batallas eruditas Nebrija—. Negado por un halo mítico, desvirtuado por muchas inexactitudes y leyendas que afectaron a la recepción de su inmensa e intensa obra, la ocasión que presta el quinto centenario de su muerte es excelente para que se recupere la aventura colosal de este andaluz ingenioso, que todo lo hizo por puro amor a los clásicos y al milagro inexplicable del lenguaje, cuyos viles enemigos, la ampulosidad, la inexactitud, la pedantería, no se cansó de combatir, casi siempre a solas, o generando unos cuantos discípulos a los que supo conquistar con su asombrosa sabiduría.

Perfecta puerta de entrada para acercarse a ese gigante es este hermoso libro de Agustín Comotto, que ha sabido hurgar en la vida y en la obra de Nebrija para concentrarlas en sus espléndidas viñetas. Ojalá logre que para muchos lectores Nebrija deje de ser el nombre de un premio, de una plaza, de un lo que sea, y nos acerque al intenso mundo de alguien cuya curiosidad y afán de saber, cuya lógica e inteligencia, se nos siguen imponiendo hoy como auténticamente milagrosas.

JUAN BONILLA

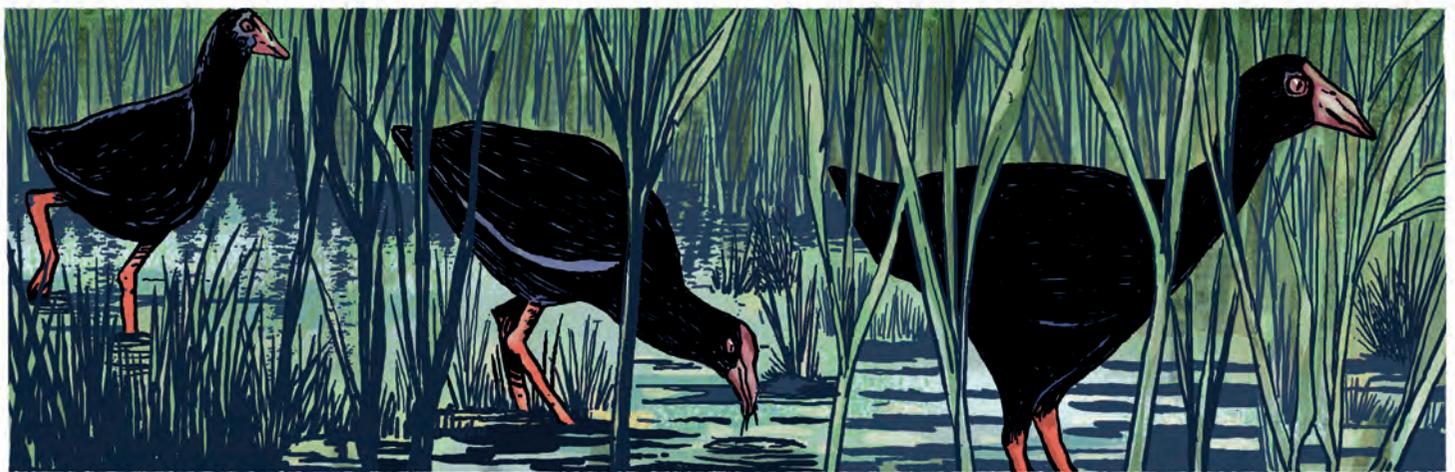


AGUSTÍN COMOTTO



LEBRIJA, BÉTICA, 1456.











QUÉ COSAS DICES, TOÑO. LOS PÁJAROS VUELAN PORQUE ASÍ DIOS LO QUISO.

COMO TAMBIÉN QUISO QUE LAS PERSONAS HABLEMOS.

PORQUE SON ASUNTOS DE DIOS, COMO DICE EL CURA, Y NO VALE LA PENA SABERLO.



PROBABLEMENTE TIENES RAZÓN.

PERO ALGÚN DÍA SABREMOS POR QUÉ VUELAN LOS CALAMONES Y POR QUÉ SUS PLUMAS NO SE MOJAN.

